

# EL EMPOBRECIMIENTO/ ENRIQUECIMIENTO COMO SISTEMA

Jesús Puerta \*

## RESUMEN

En este artículo se desarrolla la idea de que la pobreza es en realidad una cara del mismo sistema que revela también un aspecto de gran enriquecimiento. Se critica también considerar la pobreza únicamente desde el aspecto de carencia o de falta de competencia para entrar en el sistema de relaciones capitalistas como asalariado o deudor. Así mismo, abordar la pobreza tiene que ver con reflexionar acerca del sistema de necesidades desde una perspectiva crítica como la de Manfred Max-Neef (1993).

**Palabras clave:** Sistema empobrecimiento/enriquecimiento, Sistema de necesidades.

## IMPOVERISHMENT/ENRICHMENT SYSTEM

### ABSTRACT

In this article, the idea of poverty as a face of the same system that also reveals an aspect of big enrichment is developed. The consideration of poverty only from the view of lack or absence of competence to enter the system of capitalist relations as wage earner or debtor, is criticized. Likewise, the approaching of poverty, focused on a reflection about the system of needs from a critical perspective as that of Manfred Max Neef, is proposed.

**Key words:** Impoverishment/enrichment system, Necessity system.

### Precisiones conceptuales

Precisar un concepto es importante. No se trata de un mero escrúpulo semántico. Cuando está solo, el cuidado semántico puede llegar a constituir una necesidad si no atendemos al criterio del uso lingüístico, según el cual son los hablantes los que deciden, en su práctica, el sentido que le dan a una palabra,

---

\* Doctor en Ciencias Sociales. Magister en Literatura latinoamericana. Profesor de la Universidad de Carabobo. Correo electrónico: [jesus\\_puerta566@hotmail.com](mailto:jesus_puerta566@hotmail.com)

y no cualquier diccionario o lingüista. Pero, cuando tratamos con un concepto como este de “pobreza”, se evidencia que toda discusión terminológica tiene dos caras: una, que mira hacia el referente, a las experiencias que se intentan recortar, agrupar y designar dentro de la serie continua de los hechos; además de articularse con el sistema de significaciones que estructura cualquier discurso para organizar el conocimiento. La otra cara mira hacia la acción: es el núcleo intelectual e imaginario de la norma, de la regla, de la acción-bien-hecha, propiamente realizada. Además, es el germen de una anticipación y de un plan. Por ello, muchas veces las discusiones semánticas suelen derivar en discusiones *políticas*.

De modo que los conceptos son parte de la praxis. En el sistema de los conceptos del discurso de los organismos multilaterales e internacionales, la “pobreza” participa del mismo sistema semántico, de la misma formación discursiva del “desarrollo”. Atendiendo a su positividad, refiere un conjunto de indicadores que definen ciertas mediciones. Tal vez pudiéramos establecer que la “pobreza” es un rango en las mediciones de disponibilidad de satisfactores de necesidades: el rango de abajo, de lo mínimo o, incluso, lo que está debajo de ese mínimo. De allí que “pobreza”, conceptualmente, pudiera sintetizarse en la noción de “carencia”.

Al resumirse así, la misma discursividad constriñe a proponer medidas de emergencia para atender esas carencias. Se deriva, entonces, en alguna variante de asistencialismo, de atención directa a una porción de la población: subsidios, donaciones, prestaciones directas.

De Amartya Sen a esta parte, la discursividad ha variado, y ha incorporado ciertos “temas éticos” como la dignidad humana, la posibilidad de elección, la participación, el “empoderamiento”. Este es un avance importante. Se hace pertinente, entonces, la vieja sabiduría de no dar pescado, sino enseñar a pescar. La dignidad, que es casi un sinónimo del reconocimiento de la Humanidad a una porción de la población, se recupera por la vía de la certificación de ser portador de fuerza de trabajo, de una capacidad productiva, la cual, también, es la precondition para una cierta *independencia o autonomía*. El pobre puede, incluso, llegar a ser deudor, ser sujeto de crédito.

Estos dos conceptos de “pobreza”, asistencialista y ética, aunque ciertamente distintos, nos parecen sospechosos. En primer lugar, porque

desvían la mirada de los mecanismos de pauperización que son exactamente los mismos mecanismos de apropiación y enriquecimiento del capitalismo global. Hay aquí un encubrimiento, conciente o no, de una profunda contradicción: ¿cómo los mismos mecanismos, las mismas relaciones, las mismas estructuras producen riqueza, por un lado, y por el otro la más atroz pobreza?

En segundo lugar nos parecen sospechosos por la manera como elaboran el concepto de “humanidad”. Nos hace recordar una polémica del siglo XVI acerca de si los aborígenes de América tenían o no alma. Las implicaciones prácticas de esa dilucidación teológica no llevaban únicamente a “suavizar” el trato hacia los indígenas, como pretendía el padre De las Casas. Estaba allí comprometido un concepto de dignidad. Pero, *al mismo tiempo*, se estaba discutiendo la manera del *sometimiento* de los originarios ocupantes de estos territorios. Quiero decir, el hecho de tener alma implicaba que la Corona estaba obligada, por mandato evangélico, a disponer de mecanismos de *salvación de aquellas almas*. Por tanto, las encomiendas y la evangelización forzada.

La anterior digresión es pertinente porque la “dignificación del pobre” ocurre como consecuencia de su sometimiento a dos condiciones propias del poder capitalista: ser portador de fuerza de trabajo y ser deudor o sujeto de crédito. Esta es el “alma” que otorga el capitalismo a esos cuerpos debilitados por el hambre y la enfermedad: ser trabajador asalariado y/o ser deudor.

De modo que la acción contra la pobreza tiene como fundamento una política de extensión de las relaciones sociales capitalistas: posibilitar el uso de la fuerza de trabajo de los individuos y crear condiciones para que se endeuden y *paguen* la deuda.

### **El sistema de las necesidades**

Habría que intentar un acercamiento diferente de la “pobreza”, no como un rango de las mediciones de un conjunto de indicadores de satisfacción de necesidades, sino como una de las caras de los mismos mecanismos de una estructura de relaciones sociales globales.

Por cierto que ya se han hecho críticas al concepto de necesidades que se asumen como supuestos a este concepto de “pobreza”. Examinemos por un momento estas consideraciones.

Max-Neef (1993) propone, en primer lugar, distinguir entre necesidades, satisfactores y bienes económicos. Las primeras son de evolución más lenta en la trayectoria de la especie; mientras que las segundas dependen de cuestiones culturales e históricas más delimitadas en el tiempo y el espacio. Los bienes económicos o productos dependen, a su vez, de temporalidades más relacionadas con modelos económicos o productivos. Esta distinción es clave para discriminar cuál es el mejor desarrollo siguiendo el criterio de la mejor satisfacción de las necesidades humanas.

Las necesidades forman un sistema donde ellas se presentan como simultáneas, complementarias y compensatorias entre sí. Las necesidades son diversas, múltiples, no se limitan a la simple supervivencia, sino que abarcan una amplia gama de por lo menos ocho categorías axiológicas (subsistencia, protección, afecto, entendimiento, participación, ocio, creación, identidad y libertad) cruzadas con cuatro categorías existenciales: Ser, Tener, Hacer y Estar.

Además, los satisfactores no siempre son satisfactorios, en el sentido de que, o bien pueden ser peor que el mal que pretenden remediar (satisfactores destructores) u ofrecen una falsa satisfacción, muchas veces peor que la necesidad supuestamente atendida (pseudos-satisfactores) o puede llegar a inhibir la satisfacción de otras necesidades (inhibidores). Así, el armamentismo, el exilio o la censura, se presentan como satisfactores de la necesidad de protección, cuando en realidad imposibilitan saciar otras necesidades como la misma subsistencia, el afecto, la participación, la libertad, el entendimiento, etc. La limosna es un falso satisfactor de la necesidad de subsistencia, la sobreexplotación de los recursos naturales tampoco resuelve el problema de la subsistencia, ni la prostitución sacia la necesidad de afecto. El paternalismo, aunque pretende satisfacer la necesidad de protección, inhibe la del entendimiento, la de participación, la de la libertad y la identidad. Igualmente, hay satisfactores que se limitan a satisfacer una sola necesidad, como subsistencia a través de programas de suministro de alimentos.

Max-Neef (1993) propone, más bien, satisfactores *sinérgicos*, que pueden dirigirse a cubrir varias necesidades a la vez: la lactancia materna, por ejemplo, ofrece, aparte de subsistencia para el bebé, protección, afecto e identidad; la educación popular ofrece entendimiento, además de protección,

participación, creación, identidad y libertad; la producción autogestionada es una respuesta a la necesidad de subsistencia, pero también a las de entendimiento, participación, creación, identidad y libertad.

La propuesta del Desarrollo Humano de Max-Neef es interesante también porque, además de hacer una crítica más o menos indirecta al *consumismo* y al *desarrollismo*, al caracterizarlos atados a modelos de desarrollo que sólo aportan satisfactores falsos, inhibidores o hasta destructivos, apunta a la definición de *varias pobreza*s, en plural. Estas son patologías que tienen que ver con las interacciones entre las diferentes necesidades, con su equilibrio en el sistema que integran. El Desarrollo Humano tiene que ver, entonces, con la orientación general de lo económico (la producción de bienes que pudieran servir como satisfactores), pero también con las dimensiones políticas y económicas en general.

Posiblemente la propuesta de Max-Neef (1993) se queda corta, porque no profundiza en la explicación de por qué se producen los satisfactores destructivos, falsos o inhibidores. Critica los frutos de un modelo económico, de una concepción del desarrollo; pero no termina de señalar su núcleo, su razón de ser: la acumulación indiscriminada, incontenible, de capital, en un modelo social donde *todo* se mercantiliza, no sólo los bienes, sino los satisfactores y hasta las necesidades. Para este autor es posible plantearse un Desarrollo a Escala Humana que resuelva el problema de los pobres, dejando intacto el capitalismo.

El motivo, digamos humano, de esta limitación es fácilmente comprensible dado el lugar y el momento en que se produce el planteamiento: Chile, en pleno proceso de democratización, inmediatamente después de la sanguinaria dictadura pinochetista, con una izquierda golpeada en su moral y sus perspectivas, se propuso un programa mínimo en una alianza con la Democracia Cristiana que todavía hoy subsiste. Max-Neef fue candidato presidencial fuera de la Convergencia, con un programa que iba mucho más allá de la transición planteada, pero que no podía apuntar a una transformación revolucionaria de las relaciones sociales capitalistas.

Aún así, la crítica al desarrollismo y el consumismo, la concepción sistémica de las necesidades, la distinción entre éstas, los satisfactores y los bienes económicos, y la visión del desarrollo en función de las necesidades

humanas, son aportes invalorable, para redefinir el problema que tenemos entre manos.

### **Enriquecimiento/empobrecimiento**

Siendo coherentes con las premisas de Max-Neef, la pobreza no sólo debiera redefinirse como plural, o sea, *pobrezas*, sino como un sistema que, a su vez, es un subsistema de otro más amplio, que incluye las riquezas, o mejor, los enriquecimientos posibles dentro de esa lógica sistémica. Se trata de comprender en un modelo teórico sistémico, tanto el empobrecimiento o pauperización, como el enriquecimiento. Y ubicar allí la o las *patologías* que resultan de la violación de los equilibrios, interacciones, complementaciones y compensaciones entre las necesidades; pero sobre todo de las contradicciones entre satisfactores y necesidades, entre bienes y satisfactores.

Ese sería el aspecto sincrónico del modelo; porque habría un aspecto diacrónico o histórico que ya el mismo Max-Neef admitía cuando le daba dimensiones temporales, históricas y culturales a los satisfactores y bienes, pero también a las necesidades mismas. Un antecedente de esta perspectiva lo conseguimos en Marx. De hecho, el modelo explicativo del capital que nos ofrece Marx, se refiere a esa contradicción entre enriquecimiento y empobrecimiento hecha sistema. Se acumula capital *porque* se extrae el plusvalor producido por el trabajo del asalariado. Por otra parte, el valor de la fuerza de trabajo es su costo de producción el cual tiene dos rangos: una dimensión básica, que se refiere a las necesidades físicas mínimas para el mantenimiento de los cuerpos y la fuerza productiva de los trabajadores, y otra dimensión *histórica* que se refiere a, por una parte, los avances proletarios, a lo que históricamente han logrado arrancar del excedente total del sistema en sus luchas de clase, pero también al requerimiento sistémico de *consumidores* que hace el mismo sistema productivo ( para una discusión acerca de la concepción de los salarios y la lucha de clase proletaria en Marx, ver MANDEL, 1968/1980).

Así, la lucha de clase es por mejores salarios, pero también por más seguridad, por vivienda, por salud, por educación, por posibilidades de establecer una familia y tener unos afectos estables, por más tiempo para la recreación, por espacios para crear y disfrutar el arte. Por otra parte, la

organización de la lucha implica participación, democratización, libertad, identidad.

La producción también produce sus consumidores, en términos sistémicos. La reproducción ampliada del capital es producción de consumidores de los productos cada vez más sofisticados de una tecnología cada vez más refinada. Además, la producción capitalista es también producción de significaciones, como bien observan Bourdieu (1998) Baudrillard (1986), y García Canclini (1993). El consumo, no sólo es un espacio donde se disputan las clases la riqueza social, sino donde establecen sus diferencias identificatorias, donde se disputan prestigios, donde se estructuran distinciones de gustos y preferencias. Y he aquí otra contradicción, esas innovaciones tecnológicas, que buscan economizar fuerza de trabajo a cada empresa, al reducir la capacidad de adquisición y por tanto de consumo de la población trabajadora excluida, reduce también la posibilidad de realización del valor de esos productos en el mercado y, por tanto, de acumulación del plusvalor a ellos incorporados por el trabajo. Esta es la contradicción que explica el desempleo estructural producido por la robotización de la producción, lo cual, a su vez, es un factor de pauperización.

Max-Neef, aunque plantea el carácter permanente o por lo menos más estable en el tiempo, del sistema de necesidades, admite que ciertos componentes de este sistema, se han incorporado *históricamente*, y menciona las necesidades de entendimiento, de ocio, de afectos, de creación, de participación, de libertad, como relativamente recientes. Por supuesto, estas necesidades no pueden satisfacerse solamente con bienes económicos, con simples productos industrializados. Sus satisfactores se refieren más bien a *relaciones humanas y, más allá, a significaciones*, y tienen que ver con luchas más allá de lo estrictamente económico: lo político y lo cultural.

Vale insistir en que las relaciones y las significaciones también se hallan en los satisfactores de las necesidades más antiguas, más fisiológicas, más “básicas”, tales como las de la subsistencia y la protección. No comemos cualquier cosa de cualquier manera. La gastronomía no es un arte puramente aristocrático o burgués. La comida, el mero sustento, se prepara y se consume siguiendo pautas culturales elaboradas durante muchos años, con procedimientos complejos. No se bebe cualquier líquido, cualquier agua, en cualquier recipiente. La estética y la ética (así como la política) son intrínsecas al sistema de las necesidades humanas, de los satisfactores, y

de los bienes, relaciones y significaciones que concretan esos satisfactores. Atravesan *todas* las determinaciones.

Si asumimos con Max-Neef que las pobrezas (o el subsistema de la pobreza) constituyen *patologías*, es porque sus indicadores no se reducen a un rango en la medición de la carencia de los bienes que fungen de satisfactores. Al contrario, la constatación, descripción y explicación de esas patologías socioculturales, se logra observando (y hasta midiendo) las distorsiones, desvirtuaciones, falseamientos, destrucción o inhibición de la satisfacción de las necesidades humanas. Esas patologías se refieren a la contradicción central y sistémica entre enriquecimientos y empobrecimientos, de modo que ciertas expresiones o indicadores de enriquecimiento forman parte de la misma lógica del empobrecimiento, cierto tipo de enriquecimiento se produce *porque* hay cierto tipo de empobrecimiento. El despilfarro excéntrico de los famosos cuya vida íntima o privada se publica en la celebración escandalosa de la trivialidad y la simulación, es decir, de la pobreza afectiva e identitaria, es sólo la otra cara de la masiva mortandad infantil por carencia de nutrientes de los desplazados de las guerras civiles. Tanto es así, que hasta surge todo un género del espectáculo: el concierto humanitario donde a veces se destacan los mismos que espectacularizan su simulada intimidad.

Por otra parte, para Max-Neef (así como para Marx, sea dicho de paso), las pobrezas no son sólo carencias, sino también *potencialidades*. En Max-Neef, las carencias empujan a la búsqueda de la satisfacción. Marx, en el mismo análisis donde revela la negación de lo humano en la subsunción del trabajo vivo del asalariado en el trabajo muerto de la concreción del capital en la maquinaria productiva, evidencia la posibilidad y la necesidad de la negación de la negación, para acceder a la afirmación de la vida humana.

Esa potencialidad y posibilidad es ética, en el sentido de que constituye una obligación moral para la conciencia que accede y razona este saber, además de que implica una orientación prudente y conveniente para lograr la felicidad propia y común (propia *porque* común, y viceversa).

Por otra parte, esa contradicción constitutiva del mismo sistema empobrecedor/enriquecedor se aprecia como el conflicto de la voluntad y la razón humanas contra las fuerzas deshumanizadoras e irracionales que aún le poseen a él mismo. He aquí la incertidumbre, la tensión, que aún no tiene desenlace ¿Quién ganará? ¿Estamos hablando de una epopeya, donde los

bandos están exteriormente definidos, o de un drama donde la lucha se da en el interior de cada personaje? Nuestro héroe tiene que superarse a sí mismo, debe rebelarse contra la misma fatalidad que acepta. ¿Hablamos entonces de una tragedia griega, donde el héroe pasa a un plano superior precisamente cuando decide al mismo tiempo cometer el acto y aceptar su castigo fatal, porque constituye una grave violación de la voluntad divina?

No estamos claros cuál será la poética ni la estética definitiva de este sistema conflictivo, contradictorio, del empobrecimiento/enriquecimiento. A veces, tragedia; otras, comedia, drama o epopeya. Lo que sí es evidente es que todos somos participantes, sabiéndolo o no.

## REFERENCIAS

- Baudrillard, J. (1986) *Crítica de la economía política del signo* (6a. ed.). México: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1998) *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus / Santillana.
- García Canclini, N. (1993). Comunicación y consumo en tiempos neoconservadores. *Comunicación*, No. 81, Primer Trimestre de 1993, pp 6-12.
- García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- Mandel, E. (1968/1980) *La formación del pensamiento económico de Marx de 1843 a la redacción de El Capital*. México: Siglo XXI.
- Max-Neef, M. (1993) *Desarrollo a escala humana. Conceptos, aplicaciones y algunas reflexiones*. Montevideo, Uruguay: Nordan-Comunidad.